

LA RUTA DE LA MEMORIA

Un trozo de pasado debajo de la tierra



Foto cedida por la Casa de Andalucía de Getafe

Día 16 de mayo de 1987. Getafe. Calle Madrid. Patio de armas del R.A.C.A. 13 (antiguos cuarteles militares). El que va vestido de corto y aparece depositando un folleto en el agujero es Luis Grisolia, entonces, y aún hoy, presidente de la Casa de Andalucía de Getafe. Lo del atuendo es insólito, pues desde esa ocasión, casi dos décadas han tenido que pasar para que Grisolia volviera a enfundarse el traje típico andaluz, coincidiendo con el quince aniversario de su sede actual en la Avenida de los Ángeles.

Ese día le secundaba en la vestimenta el que fuera tesorero de la casa, Manuel Serrano, que completa su imagen con el sombrero y la virgencita al cuello. Y más a la derecha de la instantánea, un Pedro Castro de la década de los ochenta, y de traje (largo, por supuesto), que por aquellas lucía negruzco pelo y mostacho. Serrano, ya retirado del ruedo institucional, parece despistarse por un momento de las evoluciones del ritual: el enterramiento de un sombrero andaluz, la bandera de la comunidad, una piedra, algunos periódicos y hojas informativas publicados ese día y un puñado de pesetas.

Con este acto simbólico los andaluces del municipio daban el primer paso hacia la ansiada sede que se remozaría en ese mismo lugar. Meses después la inauguración de la misma se coartaba cuando Getafe (que empezaba a gatear camino de la distinción capital del sur) pretendió optar a acoger el campus de la Universidad Carlos III, que luego se

ubicó allí. Un meandro del destino que enfrentó a los andaluces a su propio sueño, ya que sacrificaron su casa al reivindicar la infraestructura educativa, movilizándose por la causa. Una historia que merecería su propio capítulo aparte.

Retomada la jornada de marras, decir que ésta transcurrió ajena a turbias predicciones futuras. Fue un día de enorme alegría, que coincidió con la segunda Romería Rociera al Cerro de los Ángeles. “Después del acto, todos al Cerro”, dijo el presidente, a pesar del aguacero que comenzó a caer. En la fotografía no se aprecia, pero Luis Grisolia señala que fue tal el chaparrón que soportaron, que directivos y autoridades se plantearon suspender el evento. Qué lástima le embargó al presidente imaginarse a las mujeres y niñas vestidas de gitanas y a los hombres de camperos, yendo hacia lo alto provistos de un engoroso complemento: el paraguas. Sin embargo, la lluvia cesó, y los asistentes se plantean todavía si sería la virgen la que decidió a última hora echar una mano...

Tal vez alguien se pregunte: ¿qué fue de los objetos escondidos bajo tierra? Pues descansan en idéntico emplazamiento, bajo el hormigón de un edificio de oficinas de la Universidad. Todos a excepción del sombrero, que fue desenterrado atestado de agujeros. Cuentan que los electricistas que estuvieron trabajando en la sede probaron sus pistolas neumáticas justo encima de la piedra, taladrándola, traspasando el tocado y dejándolo igual que un colador.

Noemi Moyano